

La ruta del carbón

EN PLENO AMBIENTE MINERO

Por MARINO GOMEZ-SANTOS

Al llegar a La Felguera, el viajero se apea y echa a andar hacia la villa. El cemento de las aceras está embarrado por el polvo de carbón mojado por la lluvia. En las casucas grises, ennegrecidas por la humedad y los humos de las fábricas, hay mujeres pobremente vestidas que hablan desde las ventanas con la gente que llega en el tren minero.

Una muchacha alta y desgredada, que limpia los cristales de un balcón a la altura de la acera, canta con toda la fuerza de sus pulmones:

"Mía madre quiso casame
con unu de la efecina;
pero yo quiero un mineru
que vaiga y venga a la mina."

El viajero entra en la villa. Lo primero que ve es que el cielo plomizo, bajo, bajísimo, está casi a la altura de los tejados, y que pesa como una plancha de plomo. Mientras va caminando piensa también que a él le sería imposible vivir en un ambiente tan cerrado, tan denso y tan angustioso. Para cualquier sitio que se dirija la vista se tropieza con un cerro o con una escombrera de pizarra. No hay perspectivas; no hay horizontes grandes ni pequeños. Los poblados asturianos están situados generalmente entre las montañas, recogiendo toda la humedad posible y sufriendo, en invierno como en verano, las nieblas pegajosas que bajan al atardecer, arrastrándose por los cerros y los cerrillos, como en una emboscada.

Sólo presenciando el espectáculo del paisaje se comprende el carácter regional. Gentes sensibles, nobles, aficionadas a las artes, curiosas de aprender abundan entre la clase media, burócrata, entre los empleados de oficinas y entre los comerciantes. Por otro lado, el trabajador de la mina, el minero propiamente dicho, se preocupa de la educación de sus hijos haciéndoles pasar por la Universidad, aunque ellos, en su mayoría, sigan abusando del alcohol como remedio para poder soportar una vida sombría en medio del peligro y del esfuerzo titánico.

El carácter humorista y satírico es un aliciente poderoso. La canción asturiana, como la gaita, son un deseo de escalar las montañas gritando, de salir al mundo para decir que ellos existen, que ellos viven ocultos en los pliegues de la geografía; que ellos también tienen un corazón como los de la ciudad. Y por eso las asturianadas son canciones trepadoras, y las notas se agarran unas a otras para subir, para sonar por encima de las montañas, de las murallas que no dejan ver el mundo que se extiende al otro lado de ellas.

Al cronista le interesa saber cómo trabajan los mineros, cómo viven. Quiere entrar en ellos poco a poco, bebiendo en las mismas tabernas, jugando en las mismas boleras, buscando mil pretextos para cambiar impresiones. Y el cronista también quiere bajar a la mina, y compartir con ellos el trabajo, y fumar de los mismos pitillos, aunque sean demasiado fuertes y le hagan daño.

Al llegar al edificio de la Sociedad Minerometalúrgica Duro-Felguera, el viajero detiene sus pasos. La fachada del edificio está aún en obras. El viajero pasa ante los vigilantes de la Sociedad, que están a la puerta con unos uniformes de guardas del Retiro.

En una especie de patio amplísimo

hay depósitos monstruosos, chimeneas altas, tubos gruesos que se retuercen, extendiéndose cientos de metros, desapareciendo luego y apareciendo después por otro lado, entre andamiajes de hierro.

Al viajero le parece que lo que está viendo es, en conjunto, como un croquis de los intestinos humanos. El viajero está impresionado. El viajero sigue caminando.

Hay talleres de largos tejados en los que entran y salen obreros; máquinas y trenes con vagonetas en miniatura van y vienen entre los andamios, entre los mil artefactos del alquimista desconocido, ciclope que con su único ojo en la frente está sentado sobre las montañas, dirigiendo los experimentos de su laboratorio grandioso y disparatado.

Un olor profundo, un olor de aire oxidado, de amoníaco, de ácidos misteriosos, flota en la atmósfera.

El viajero se acerca a un hombre pequeño que está barriendo la acera del patio, frente a unos almacenes de la Sociedad, y le pregunta que para qué se utilizan aquellos artefactos.

El hombre, antes de contestar, se apoya en la escoba.

—Son convertidores—dice al fin, mirando a lo alto de las chimeneas, como leyendo en las estrellas.

El hombre de la escoba se da cuenta de que el viajero no le entiende.

—Son para el mineral—agrega.

El hombre de la escoba cree sin duda que el viajero está enterado ya con sus explicaciones, y sigue barriendo la acera de los almacenes de la Sociedad.

Olas de humo y de vapor salen de esta especie de infierno mecánico, de las cien chimeneas, de las calderas, de los tubos, hornos y demás artefactos. Humo y vapor suben lentamente, parsimoniosamente, flotando en el ambiente, y, al pasar frente al disco del sol, proyectan una sombra oscura sobre la fábrica.

En lo alto de las calderas, el gran hormiguero humano de trabajadores se mueve de un lado para otro, como engrasando o apretando tuercas.

El viajero tiene una cita a las doce de la mañana en el despacho de un amigo ingeniero. El viajero ya se va dando cuenta de lo que es la cuenca minera. El viajero, mientras camina, piensa que, posiblemente, bajo sus zapatos, a cientos de metros de la superficie, hay enjambres de hombres sudando, arrancando el carbón de las entrañas de la tierra, oscura, tenebrosa; fiera traidora e indomable.

1-IX-1954